

XVI

Trabajo, oración, sufrimiento

El trabajo

Más preciosas son en nuestra vida las horas de trabajo. En este último tiempo se ha glorificado el trabajo, y con razón. Aunque nos haya sido impuesto como una pena, porque ordinariamente nos cuesta, de suyo es hermoso, noble y elevado. Nos hace participar en cierto modo al poder productor y creador de Dios. Y en el estado de justicia original hubiese sido uno de nuestros mejores gozos. También hoy puede serlo, y lo es de hecho para muchos hombres. Pero, como consecuencia del pecado, a menudo el trabajo se nos hace prácticamente monótono, molesto, fatigoso, gastador, a veces aplastante y frecuentemente estéril... Hablamos aquí del trabajo de todo tipo, el manual, el intelectual, y el que pide el esfuerzo combinado de cuerpo y espíritu. Pues bien: desde ahora en adelante, hagamos todo nuestro trabajo por el lema: ¡Para el triunfo de Cristo por el reino de María! La madre de familia ofrezca por este ideal la dedicación incesante en el hogar; el obrero, su duro trabajo en la fábrica, y el minero, en su túnel oscuro; el campesino, el trabajo sano pero penoso de su tierra o de su establo; el empleado de oficina, su trabajo fastidioso; el jefe de empresa, su trabajo de administración y de dirección de asuntos; el profesor, su labor de enseñanza, de redacción de artículos y de corrección de exámenes... ¡Ah, si todos los cristianos adoptasen estas nobles intenciones para su trabajo de toda naturaleza, realizado en cualquier condición! ¡Cuánto provecho sacaría de ello nuestro ideal, y cómo nosotros mismos ganaríamos en generosidad y en exactitud para cumplir los quehaceres que Dios y la autoridad nos han asignado en esta tierra!

La oración

Por encima del trabajo está la oración: «*Ora et labora!*».

Nadie duda de la excelencia intrínseca de la oración, después de lo que Cristo nos enseñó sobre ella de palabra y de ejemplo. Es evidentemente muy poderosa y decisiva para realizar el ideal a que aspiramos. En este punto más que en otros, se aplica la promesa infalible de Jesús: «*Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá*»⁶⁹; pues el reino de Dios es la primera cosa que Cristo nos enseñó a pedir: «*Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*»⁷⁰. Sólo después vienen nuestros intereses temporales.

Así es, pues, como debemos rezar. El Padrenuestro no es sólo una fórmula invariable que debemos repetir únicamente en nuestras oraciones; sino que, al mismo tiempo, es el tipo único y universal sobre el que debe modelarse toda oración. Por consiguiente, en nuestras oraciones, siempre y en todas partes, hemos de pedir primero y por encima de todo el reino de Dios. Bendecir el nombre del Señor y hacer su voluntad son otras fórmulas para designar la misma realidad.

Ahora bien, ¿quién se atreverá a afirmar, si echa un vistazo sobre su vida íntima, que reza así y que el reino de Dios es habitualmente la intención predominante de su oración? Detallamos al infinito las últimas peticiones del Padrenuestro, en lo que se refiere sobre todo a nuestro pan de cada día y a la liberación de todo mal. Pero apenas pensamos, o muy poco, en la intención principal, a la que Cristo reserva tres de las siete peticiones. Desde entonces, ¿hay que extrañarse de que el reino de Dios en la tierra se marchite, que falten tantos y tantos obreros en la mies del Señor, si nos descuidamos de pedir este reino y nos olvidamos de la recomendación del Señor:

⁶⁹ Mt. 7, 7.

⁷⁰ Mt. 6, 9.

«*Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies*»⁷¹? ¡Si todos nosotros, sacerdotes, religiosos y buenos cristianos, hubiésemos cumplido nuestro deber en este ámbito, la situación del mundo desde el punto de vista misionero, apostólico y cristiano hubiese sido tal vez muy distinta!

En todo caso, de ahora en adelante —nunca es demasiado tarde para empezar— demos una orientación nueva a todas nuestras oraciones, cuyo tema dominante sea fielmente la aspiración conmovedora de Montfort:

«*Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ!* »

¡Para que venga a nosotros tu reino, venga el reino de María!

Pidamos esto en todas nuestras oraciones: Oficio, Rosario, meditación, Santa Misa, Sagrada Comunión... Jesús nos lo ha prometido: «*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*»⁷². No nos preocupemos principalmente de nuestros intereses personales, sobre todo materiales. «*Ocúpate de mis intereses —decía Jesús a Santa Margarita María—, y Yo me ocuparé de los tuyos*». Claro está que no hace falta formular siempre expresamente esta intención, sobre todo cuando se trata de oraciones más cortas. Pero ha de ser su tema principal, sobre el que se construya la armonía de todas nuestras oraciones. Y cuando formulemos intenciones, sea esta la primera y, en cierto sentido, la única, en el sentido de no pedir nada que no esté en conformidad y en relación con esta gran intención. Cada uno de nosotros encontrará, según sus gustos y atractivos, algunos pequeños medios prácticos para mantener este precioso espíritu apostólico. Por ejemplo, podemos añadir la aspiración del Padre de

⁷¹ Mt. 9 38.

⁷² Mt 6, 33.

Montfort a las oraciones de la mañana y de la noche, a las oraciones de las comidas, y asimismo intercalarla entre las decenas del Rosario. ¿Tenemos necesidad de alguna diversidad en esta práctica? Podemos componer entonces una lista de intenciones que se refieran al reino de la Santísima Virgen para cada día de la semana o del mes⁷³.

Y si buscásemos una fórmula más extensa de oración en este sentido, no podríamos recomendar lo suficiente la «Oración abrasada» de San Luis María de Montfort, que ya hemos citado, y de la que el Padre Faber decía que, después de las Epístolas de los Apóstoles, sería difícil redactar un texto con acentos tan inflamados. A este texto remitía dicho Padre a quienes les costaba conservar el primer ardor del celo apostólico en medio de sus numerosas pruebas. Tal vez no rezaremos a menudo esta oración de un solo tirón, pues consta de unas diez páginas; pero la podremos meditar, y rezar de vez en cuando algunos fragmentos.

Almas de sacrificio

¿Hay una forma más eficaz aún de lo que llamaríamos el apostolado subterráneo? Aparentemente sí: la del sacrificio y sufrimiento.

Jesús había trabajado, rezado, predicado, hecho milagros sin número, y la mies de almas recogida hasta entonces fue muy pobre. Las masas, el día del Viernes Santo, se volverán incluso contra Él y pedirán su muerte. Los discípulos no han comprendido casi nada de lo que les ha enseñado. Los jefes del pueblo judío y casi toda la clase dirigente están contra Él. Jesús morirá clavado en una cruz, rodeado de enemigos que lo insultan, con un pequeño grupo de mujeres que lloran por Él, más bien por compasión humana que por otro motivo,

⁷³ Nosotros lo hemos hecho en un pequeño libro: *Adveniat regnum Mariæ* (Secretariado de María Mediadora, Lovaina).

y un solo discípulo, que había vuelto a El después de una huida vergonzosa, aparentemente traído por Aquella que fue la única en comprenderlo y en serle perfectamente fiel hasta el fin.

Pero una vez realizado su espantoso sacrificio todo cambia. Él lo había predicho: «*Cuando Yo sea levado de la tierra, todo lo atraeré hacia Mí*»⁷⁴. Y después de Pentecostés, bajo la influencia de su pasión dolorosa y de su muerte, comenzará y proseguirá su obra de conquista. Los apóstoles se acordarán entonces del dicho citado, y de este otro aún más notable, que enuncia una ley fundamental del cristianismo: «*En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*»⁷⁵.

A nosotros nos cuesta reconocer esta verdad, incluso en teoría; pero nos cuesta aún más aceptarla prácticamente en principio, y sobre todo aplicarla sin cesar en nuestra vida. Pero por mucho que nos cueste, tratemos de elevarnos por la caridad hasta esta altura. El amor suaviza todas las cosas. El amor de Cristo y de su santa Madre será más fuerte que nuestro triste amor propio y nuestro miserable egoísmo. Así, pues, por caridad adoptemos, una vez por todas, esta ineluctable ley, y apliquémosla en nuestra vida.

Por el ideal de nuestra vida, el reino de Jesús por el reino de su Madre, aceptemos toda cruz y todo sufrimiento, practiquemos toda renuncia y toda abnegación, soportemos todo lo que es penoso, molesto o irritante, y hagamos todos los sacrificios que reclama de nosotros el deber de cada instante y las circunstancias del momento. Por nuestro ideal aceptemos toda inmolación pasiva, impuesta por la

⁷⁴ Jn 12, 32.

⁷⁵ Jn 12, 24.

voluntad y la Providencia de Dios, y asimismo toda inmolación activa que nos reclame la ley o el deseo de Dios.

Por este ideal ofrezcamos toda privación corporal, todo sufrimiento físico, la pobreza, las incomodidades, la enfermedad; aún más lo que hace sufrir al espíritu, el corazón, el alma: ingraticudes, desprecios, malentendidos, aridez, abandono...

Aceptemos por esta intención la prueba más leve, un dolor de dientes, un dolor de cabeza, una palabra dura, un gesto indelicado, y ordenemos a ello la más leve victoria que podamos lograr sobre nuestra propia sensualidad, nuestro amor propio, nuestra dejadez, para cumplir nuestro deber y practicar las virtudes cristianas. Pero acojamos también con este mismo fin las cruces más pesadas, una separación desgarradora, una enfermedad cruel, el deslizamiento hacia las miserias y la inconsciencia propias de la vejez. Y que nuestro ideal se mantenga ante nuestros ojos, fascinante, en los días y en las horas en que la fidelidad a la vida de Cristo en nosotros, a pesar de las tentaciones y luchas, reclame de nosotros una valentía heroica.

Nos parece que debemos atribuir una importancia especial a la humildad y a las humillaciones. Eso es tal vez lo más difícil de todo. La palabra del Precursor es realmente espléndida: «*Es preciso que Él crezca y que yo disminuya*»⁷⁶. Juan ha comprendido que Cristo crecerá en la estima y en el amor de los hombres en la misma medida en que él acepte desaparecer; y por eso el amigo del Esposo se retira con toda simplicidad cuando el Esposo aparece... Para exaltar a Jesús y a María, para elevarlos al trono, para dejarlos dominar y reinar, nosotros hemos de ocultarnos, desaparecer, y aceptar no ser apreciados ni amados por nuestros semejantes. El reino de Jesús y de María llegará cuando muchas almas acepten con toda sencillez, sin

⁷⁶ Jn 3, 30.

ostentación, ser pisoteadas por los hombres. Montfort es una magnífica demostración de ello.

Mortifiquémonos por nuestro querido ideal cuando la renuncia nos sea obligatoria o casi. Ofrezcamos a este fin la incesante abnegación que reclama de nosotros nuestro estado de vida y la virtud cristiana, en la que invariablemente hay siempre un elemento de muerte a sí mismo. Pero sepamos imponernos también con esta intención algunos sacrificios voluntarios, renunciando a pequeñas satisfacciones legítimas, mortificando nuestra curiosidad, moderando nuestros deseos de descanso, e imponiéndonos tal vez, a ejemplo de los santos, penitencias más rudas...



XVII

El sacrificio supremo

De todo lo que hemos pedido por el reino de Cristo, lo más precioso de entrada será el ofrecimiento de nuestra última enfermedad, de nuestra agonía, de nuestra muerte. En este punto hay una grave laguna incluso en la mayoría de las almas que desean vivir santamente. Un sacerdote, una religiosa, un seglar fervoroso que muere con la única preocupación de hacer una buena y santa muerte, no ha comprendido e imitado completamente a Cristo, Modelo supremo. Jesús murió por la salvación de sus hermanos. Murió por su ideal: la glorificación suprema y el reino de su Padre. Nosotros, que somos los miembros de Cristo, y tal vez los miembros privilegiados de su Cuerpo místico, hemos de esforzarnos por subir a estas alturas. Todos los dolores, todas las angustias, todas las tinieblas, todos los terrores, todas las impotencias, todo el espantoso sufrimiento, toda la lucha terrible de estos últimos instantes, hemos de ofrecerlos *«per adventum ipsius et regnum eius»*⁷⁷: por el advenimiento de Cristo como Rey y por el reino de su Madre amadísima. Y para que no le falte a nuestra vida esta coronación suprema, puesto que la muerte viene como un ladrón en la noche y tal vez nos sorprenda, hemos de aceptar cada día en la santa Misa nuestra hora suprema, con todas las circunstancias que la precedan y acompañen.

De este modo hemos de disponer nuestra vida, y ofrecer por esta intención sublime toda nuestra existencia de trabajo, de oración y de sufrimiento. Hemos de intentar también formar a los demás en este sentido. Hay ciertamente muchas almas banales, que serán insensibles a esta orientación de la vida. Pero los buenos cristianos, al contrario, se dejarán conducir a ello fácilmente. En las horas de

⁷⁷ II Tim 4, 1.

sufrimiento y de prueba serán sensibles al valor espléndido que queda vinculado así a su vida. Hemos comprobado más de una vez cómo cristianos simples en el mundo, en su lecho de agonía, aceptaban con agradecimiento este ideal supremo, y cuánto los ayudaba esta aceptación a santificar y suavizar considerablemente la lucha suprema y los últimos sufrimientos.

Vida santa y hermosa

Muy hermosa, rica y elevada es la vida totalmente impregnada de este santo «idealismo». Además, ¿quién podrá dudar de la santidad objetiva de una existencia colocada enteramente bajo el signo de esta aspiración incesante a la gloria de Dios por el reino de María? ¿Acaso no es el ejercicio continuo del amor más puro y desinteresado, en el que reside esencialmente la perfección? ¿Hay algún medio más eficaz para escapar a este miserable amor propio, a este egoísmo deprimente, que se desliza imperceptiblemente en todas nuestras acciones? ¿No es esta una receta maravillosa contra un mal del que sufren tantas almas, sobre todo en los claustros: estar incesantemente ocupadas de sí? ¿No es «*tener* — sobre un punto tan esencial— *los sentimientos de Cristo Jesús*»⁷⁸ y de su santa Madre, cuya vida y muerte estuvieron orientadas únicamente, no a su progreso o gloria personales, sino a la glorificación suprema de Dios por la salvación y santificación de las almas?

Y, sin embargo, incluso desde el punto de vista de mi santificación personal, ¡qué fuerza maravillosa se desprenderá de este pensamiento elevado, mantenido habitualmente y con fidelidad! Haré mi trabajo con más cuidado, con más ardor, con más perfección, porque sé que, al margen del salario humano y de mi mérito personal, con él estoy sirviendo poderosamente al ideal más

⁷⁸ Fil 2, 5.

sublime. Mi oración se fundirá así con la oración universal de Jesús y de María y de todos los santos, y el pensamiento exaltador de la conquista del mundo para Dios por María facilitará la atención, estimulará el fervor y empujará el alma a esta santa violencia de suplicación, a la que el mismo Cielo no sabe resistir. Además, encontraremos en esta consideración un aliento increíble y una fuerza insospechable para practicar lo que hay de más difícil en la vida de perfección, la abnegación universal y la aceptación valiente de la cruz y del sufrimiento.

Maravilloso poder de conquista

Nos parece que nadie dudará tampoco del poder irresistible de este apostolado oculto, subterráneo. Todas las fuerzas alabadas, despertadas y movilizadas por Jesús se dan cita en esta vida para alcanzar el querido ideal soñado: la humildad, la renuncia, el sufrimiento, la oración. Hemos recordado la promesa de fecundidad que Cristo vincula, bajo la figura del grano, al ocultamiento y a la muerte. El prometió escuchar toda oración: ¿podría desde entonces resistir a una oración que sube de un alma de buena voluntad día y noche sin parar, durante meses y años enteros, una oración que sólo apunta a su propio triunfo y a la glorificación de su Madre? ¡El Señor prometió repetidas veces —«o admirabile commercium!»— hacer la voluntad de quienes cumplan la suya. Por lo tanto, si nosotros nos sometemos fielmente a esta Voluntad, ¿cómo podrá El resistir al voto incesante, a la aspiración de voluntad ardiente y de cada instante, de que venga su reino por el de su Perfecta, su Inmaculada y su Única?

Y ¿quién de nosotros que haya realizado a cierta escala el apostolado activo, ha dejado de experimentar sensiblemente los efectos de este apostolado humilde y oculto? ¿Quién no ha notado en ciertos días que su palabra, oral o escrita, entraba más profundamente en las almas y tomaba resonancias inusuales? ¡Tan a menudo el Señor, en nuestros trabajos, nos ha hecho conocer al

«precursor», al alma sencilla y oculta que, por medio de años de oración y de sacrificio, había asegurado los frutos más ricos al apostolado que debía venir! ¡Tan a menudo el Maestro nos ha hecho palpar la verdad de estas palabras: «Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado; otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga»⁷⁹! Repitémoslo: no podemos dudar de la fecundidad de este apostolado, cuando recordamos que por medio de él Jesús se aseguró sus más hermosos triunfos y que María, que es la Reina de los Apóstoles, no ejerció casi ningún otro tipo de apostolado, y sin embargo por él conquistó para el Padre, juntamente con Cristo, el mundo entero de las almas.

Una revolución mundial

Jesús llamaba tristemente a su enemigo de siempre «*el Príncipe de este mundo*», pero asegurando que un día «*será echado fuera*». Bendita revolución será la que derribe de su trono al infame usurpador, que se apoderó parcialmente de lo que, después de Dios, no pertenece más que a Jesús y a María.

Ahora bien, todas las revoluciones se preparan por medio de sociedades secretas y combinaciones ocultas. Y a veces uno se extraña de que una revolución, que no parecía tener ninguna probabilidad de éxito, se desarrolle, se extienda, y acabe por arrastrarlo todo con ella. ¡Se impone la revolución mundial que debe destruir el imperio de Satán, para edificar sobre las ruinas de este imperio el reino de amor de Cristo y de su Madre, Rey y Reina legítimos del mundo y de los hombres! ¡Seamos nosotros las fuerzas latentes del deseo, de la oración y del sacrificio que deben preparar y asegurar el éxito de esta revolución pacífica y bienhechora!

⁷⁹ Jn 4, 38.

Como hemos dicho, la vida de las almas que adoptan y sirven este espléndido ideal es hermosa, preciosa, noble y elevada. También es feliz y consolada, pues viven en la esperanza, o, mejor dicho, en la certeza de que se realizará lo que persiguen con sus deseos ardientes y esfuerzos perseverantes; y Dios no les negará la alegría dulcísima de ver parcialmente realizado, ya en la tierra, lo que desearon fiel y ardientemente.

A condición de que, con esta vida, no dejen de seguir tendiendo a su sublime Ideal...

La pequeña Teresa prometía pasar su cielo haciendo bien en la tierra. Nosotros esperamos emplear el nuestro haciendo triunfar y reinar a Jesús y a María en este mundo. Por nuestras oraciones, que serán entonces mucho más poderosas, por la oblación de nuestros modestos méritos, unidos a los méritos inconmensurables de Jesús y de su santísima Madre, seguiremos trabajando con Ella y por Ella hasta el último día, hasta la consumación de los tiempos:

hasta que la última joya viva haya sido engastada en su corona;

hasta que la última oveja perdida suya sea conducida a sus pies;

hasta que el último grano de trigo sea recogido en su seno;

hasta que se cuente y se complete el número de la «*descendencia de la Mujer*»;

de quienes, contemplando, admirando, amando y glorificando a la

Elegida de Dios, a la Bendita de Dios, a la Privilegiada de Dios,

contemplan, amen, posean, alaben, canten y adoren en una

explosión de jubilación

a su Hijo único, Rey inmortal de todos los siglos y mundos,

Jesucristo,

a quien sea todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.



Tristán Luis, hacia 1613, "Calvario", Óleo sobre lienzo, Museo Nacional del Prado, España.